

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 5. EL TRABAJO, ¿QUÉ ESPERANZA ORIGINA?

1) INTRODUCCIÓN.....	1
2) EL SIGNIFICADO DEL TRABAJO.....	2
3) EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA, ÁMBITOS PRIVILEGIADOS DE TRABAJO	3
4) LA ESPERANZA Y LAS VIRTUDES LABORALES	5
5) CONCLUSIÓN	6
6) CONCRETANDO.....	6
7) PRÁCTICA FAMILIAR.....	6
8) PARA PROFUNDIZAR	6

1) *Introducción*

Tras haber reflexionado sobre la esperanza del perdón, la pregunta que queremos afrontar este mes es la siguiente: ¿cuál es la esperanza que despierta el trabajo? La cuestión tiene su interés, pues alguno podría pensar, a primera vista, que el trabajo no genera esperanza alguna, sino todo lo contrario: cansa, frustra, desilusiona,...en definitiva, desespera.

El trabajo es posiblemente el factor que, a partir de la revolución industrial, ha provocado una mayor transformación de la familia en el mundo moderno. La familia moderna se caracteriza por redefinir la relación conyugal y por el descenso de la fertilidad. Ambos factores tienen estrecha relación con el ámbito laboral. Para vivir, el hombre necesita pan, fruto de la tierra y de su trabajo, pero no solamente vive de pan, sino que necesita un sentido que llene su vida.

Hace pocos meses se han cumplido cuarenta años de la publicación de la encíclica *Laborem exercens* de San Juan Pablo II (14.09.1981). En el n. 9 de este documento se afirma que el trabajo es un bien del hombre, un bien de su humanidad, porque mediante el trabajo el hombre no solamente transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que también se realiza a sí mismo como hombre y, en cierto sentido, llega a ser más hombre. Esta dimensión inmanente del trabajo que transforma al trabajador es particularmente importante para reconocer que el trabajo despierta en el hombre nuevos horizontes, diferentes expectativas que lo invitan a crecer, a caminar hacia el futuro.

Las crisis económicas de estos dos últimos siglos, la más reciente la que está provocando la pandemia, han supuesto, singularmente en España, un crecimiento enorme del paro. El acceso al mercado laboral, sobre todo de los más jóvenes, afecta profundamente al entero entramado de la sociedad. La política no parece capaz de mejorar del todo la situación, pese a las sucesivas reformas laborales que



se proponen, pues es una cuestión de fondo y del largo plazo. La pandemia ha hecho crecer el “teletrabajo”, una modalidad de trabajo desde casa que hasta ahora se consideraba marginal. La tecnología ha cambiado nuestro modo de trabajar. Pero la técnica, ¿genera verdadera esperanza?

El filósofo Byung Chul-Han en su obra *La sociedad del cansancio*, afirmaba que nuestra época es neuronal, más que viral. Según esto decía que las enfermedades neuronales como la depresión, el trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH), el trastorno límite de la personalidad (TLP) o el síndrome de desgaste ocupacional (SDO) definen el panorama patológico de comienzos de este siglo. Con la pandemia, hemos de reconocer que la negatividad de lo viral y la positividad de lo neurótico necesitan de un nuevo equilibrio.

El trabajo implica la relación del hombre con el mundo, con los demás, consigo mismo, pues posee una dimensión corporal irrenunciable. La dramática del trabajo nos urge a iluminar el sentido del mismo, que no se reduce únicamente al problema de la economía familiar (de graves consecuencias), sino que es aún más profundo. Trabajar no es solo una ‘ocupación’ del tiempo y un medio para alcanzar el sustento económico. Aunque dispusiésemos de rentas y no necesitásemos ganarnos el pan de cada día, la necesidad de trabajar permanecería. ¿Cuál es el misterio humano y divino que se revela en el trabajo? ¿Cómo enseñar a los que nos rodean a vivir en plenitud su trabajo?

2) El significado del trabajo

Para poder responder a la cuestión de la esperanza que despierta el trabajo, hemos de conocer el significado del mismo. El hombre de todos los tiempos se pregunta por el sentido de su quehacer. La filósofa judía Hannah Arendt en su obra *La condición humana* distingue entre labor, trabajo y acción. Para distinguir los dos primeros términos evoca una idea de Locke según la cual la labor se asocia a nuestros cuerpos y el trabajo a nuestras manos. Ya desde la antigüedad griega, la labor tiene que ver con los esclavos y animales que atienden con sus cuerpos a las necesidades de la vida, mientras el trabajo alude al artesano que con sus manos fabrica objetos y utensilios. Comenta Arendt que el desprecio hacia la labor surge originariamente de la apasionada lucha por la libertad mediante la superación de las necesidades. La esclavitud en Israel, apunta la filósofa judía, se relacionaba con el trabajo y la muerte de los niños. En términos actuales podríamos mencionar la adicción al trabajo y el aborto. La conexión entre cuerpo y libertad será una de las cuestiones que la modernidad se verá abocada a clarificar. Para los antiguos, laborar significaba estar esclavizado por la necesidad. En la antigüedad griega, la distinción entre la familia privada y la esfera política pública se asociaba a la distinción entre el esclavo y el ciudadano (cabeza de familia).

El mundo moderno distingue entre labor productiva e improductiva, trabajo experto e inexperto, y finalmente trabajo manual e intelectual. Tanto Adam Smith como Karl Marx están de acuerdo con el desprecio de la labor improductiva, considerada como parásita. La distinción productivo-improductivo se acercó mucho a la diferencia labor-trabajo. Signo de todo laborar es que no deja nada tras de sí, mientras que lo que interesa cada vez más es la productividad. El trabajo humano piensa Marx contiene un superávit, el poder de la labor (*Arbeitskraft*). En la distinción manual-intelectual, este último tampoco deja nada tangible muchas

veces. Para la mentalidad moderna el trabajo ha de mostrar su utilidad social. La modernidad enfatiza la dimensión subjetiva del trabajo y elogia su productividad. Afirma Arendt: “la diferencia entre un pan, cuya expectativa de vida en el mundo es apenas más de un día, y una mesa, que fácilmente puede sobrevivir a generaciones de hombres, es mucho más clara y decisiva que la distinción entre un panadero y un carpintero” (*La condición humana*, 107).

Desde la cosmovisión cristiana, el trabajo se sitúa en la perspectiva del misterio de la acción creadora de Dios. En efecto, en el Principio, Dios asignó al hombre la tarea de dominar la tierra, de prolongar su cuidado sobre las criaturas (*Gn 1, 28*). De este modo, *a imagen de Dios*, el hombre está llamado a trabajar en el mundo, transformándolo en un hogar donde habitar. El trabajo se presenta como el lugar de desarrollo de lo humano. En él se refuerza el sentido de la identidad y la relevancia de la propia presencia en el mundo. Actuando en el mundo, el hombre descubre una inmensidad de posibilidades en su vida y pasa de la grada de espectadores a la escena principal: se convierte en actor. De esta forma, a través de su trabajo, el hombre deja su huella en el mundo: lo humaniza.

3) El matrimonio y la familia, ámbitos privilegiados de trabajo

Desde la luz del trabajo como colaboración con la acción creadora de Dios, cobran una relevancia del todo singular para la fe cristiana el matrimonio y la familia, pues constituyen el ámbito donde la pro-creación adquiere un significado absolutamente singular. Si el misterio de la creación apunta a la Alianza de Dios con el hombre, la Alianza definitiva se verifica con la Encarnación y la redención de Cristo. El trabajo humano ha de ser redimido y alcanza un significado de plenitud inaudito. La constitución *Gaudium et spes* afirma en el n. 22: “El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado”.

El misterio del trabajo cotidiano se revela plenamente en el taller de Nazaret. En las manos sudorosas de Jesús, Dios hecho hombre, se revela un modo nuevo de trabajar. Su interés por la tarea de cada día nace de su unión con el Padre: brota del agradecimiento ante su amor. Así, lo que Jesús hace está lleno de un misterio que desborda el fruto visible de su trabajo. “Mi Padre siempre trabaja, yo también trabajo” (*Jn 5, 14*). La vida de Cristo muestra así el vínculo del trabajo con la esperanza. Sus años de silencio en Galilea no son un simple preámbulo de la predicación del Reino sino verdadera preparación para la Hora final, para su entrega por nosotros al Padre.

De este modo, mirar al Carpintero nos permite entender el misterio de esperanza que se juega en el trabajo. La obra de Dios consiste en la construcción de la Ciudad celeste, que realiza a través de nuestra tarea cotidiana. Edificando la ciudad de los hombres como verdaderos profesionales, abogados, profesores, arquitectos... colaboramos con Dios en su obra definitiva. Así, entre lo que sembramos visiblemente en el trabajo y su fruto verdadero existe una desproporción, una sobreabundancia misteriosa. Nuestra misión como matrimonios y familias incluye como un elemento decisivo enseñar a trabajar. Se



trata de descubrir la acción de Dios que a través de nuestro obrar genera esperanza en el mundo, construye su ciudad.

Dos son las posibles huidas modernas ante el trabajo: la primera consiste en refugiarse en él cuando lo demás fracasa: es la espiral del activismo. La vida se identifica con el trabajo, que se convierte en una dependencia. La segunda supone, ante la exigencia de cada profesión, una retirada hacia la mediocridad, contentándose con cumplir las horas y sacar un rendimiento económico. Se vive así orientado hacia las vacaciones, en un cierto tedio en el obrar, una desidia que reduce el trabajo a mera 'ocupación'. En el fondo, estos dos peligros, con diagnósticos opuestos, indican una carencia. Al primero, actividad desenfrenada, no le importa lo que hace, sino el mero hecho de *hacer*, sin pausa; el segundo, incapaz de disfrutar con su acción, se afana por reducir al mínimo la jornada laboral. Una y otra implican la fuga del trabajo, sea en el girar sin dirección, sea en la parálisis del aburrimiento. Lo que falta en ambas es la sustancia de un obrar pleno, el anclaje del trabajo en el presente.

Frente a estos peligros, nuestros ojos se dirigen al trabajo de Jesús, que brota de la plenitud de saberse amado por Dios, como respuesta de agradecimiento. De lo que rebosa el corazón hablan las obras. Este anclaje firme en el amor primero de Dios, en su Obra, llena de gozo su acción cotidiana y evita, al mismo tiempo, el vértigo del activismo.

Enseñar a trabajar significa por tanto, ayudar a descubrir la acción primera de Dios en nosotros y su llamada a participar con Él. Se trata de mostrar la tarea cotidiana como un lugar privilegiado donde madura la esperanza. El trabajo se presenta, así, como el medio que nos permite colaborar en la construcción de la ciudad de Dios con los hombres. Así, en verdad, toda acción seria y recta puede ser esperanza en acto.

Pero si Dios cuenta en serio con nosotros, entonces no se saltará la mediación de nuestro esfuerzo y nuestros talentos. Nuestra habilidad para hacer bien, con profesionalidad, lo que tenemos entre manos es un ingrediente decisivo. Dios quiere que crezcamos en la capacidad de trabajar, de desarrollar con premura y detalle más labores y con más profundidad. Así lo muestran los santos, que han llevado a plenitud su entrega, dilatando sus fuerzas a lo largo de sus vidas.

El fruto de esta excelencia en el trabajo es una grandeza de miras que supera toda cortedad de miras. A menudo buscamos en nuestras tareas un fruto inmediato. Queremos recoger antes de sembrar, ver la fecundidad sin dar tiempo a que muera la semilla. Se trata de una perspectiva laboral que no va más allá de la propia vida. Frente a este *cortoplacismo* (con perdón), el que ha aprendido a trabajar tiene *visión*: sabe construir mirando más allá del propio horizonte, pensando no en horas ni días sino en lustros y décadas.

Esta visión de futuro permite superar los límites temporales y geográficos de nuestra acción, tan propios del individualismo actual. Esencial al aprendizaje del trabajo es su *dimensión social*: aprender a trabajar implica trabajar no sólo con Dios, sino también *con los hombres y para los hombres*. En primer lugar, trabajar junto a otros, exige un arte de exigencia y de escucha, que me hace capaz de contar con la aportación de los que me rodean sin descuidar mi responsabilidad en la tarea. No se trata solo de sumar genialidades, una junto a la otra, sino de poner



verdaderamente en común, aunando esfuerzos, y, en ocasiones, decidiendo juntos, mirando a un mismo objetivo. Trabajar con otros es una escuela estupenda de humildad. En segundo lugar, como esperanza en acto, el trabajo se presenta como una acción *para* otros, pues manifiesta el fruto de mi obrar y su repercusión favorable sobre los que me rodean. Todo trabajo posee una dimensión eminentemente social: el que barre las calles, el que enseña a los más pequeños, el que atiende a los enfermos, el que prepara el pan o distribuye la carne, el que escribe libros, el conductor del tren. En todas estas experiencias cotidianas se descubre que mi obrar ayuda a otros y se dirige a hacer más humana la vida de los de mi barrio y mi ciudad.

4) *La esperanza y las virtudes laborales*

Si el trabajo tiene relación con la esperanza, podemos preguntarnos si hay virtudes conectadas con ella, que tienen específicamente que ver con la actividad laboral y, en tal caso, cuáles son. Hace ya varias décadas T. Peters y R.H. Waterman escribieron el libro titulado *En busca de la excelencia* del que se han vendido más de un millón de ejemplares y en los que ofrecía ocho principios por los que las empresas tienen éxito. Las virtudes se sitúan en la búsqueda de la excelencia.

Una primera virtud del trabajo es la laboriosidad. Este hábito operativo bueno se refiere a la persona que trabaja con voluntad, tenacidad y perseverancia. En el lenguaje común se dice de una persona que es “muy trabajadora”. Es activo, suele disfrutar habitualmente con lo que hace, trabaja mucho y bien. Usa provechosamente el tiempo, pues aprende a emplearlo bien. Se opone a la ociosidad y, más netamente, a lo que desde antiguo ha sido presentado como uno de los vicios capitales: la acedia o pereza. La pereza no se define tanto por el mero no hacer nada, como por la actitud que “hace entristecerse por algún bien espiritual, a causa del esfuerzo corporal que le está unido” (Sto. Tomás de Aquino).

Una segunda virtud laboral es la diligencia. Se trata del empeño de hacer fructificar los talento que Dios nos ha dado a cada uno. La diligencia, como se trasluce en su etimología, tiene que ver con el amor como motor de todas nuestras acciones. La diligencia es inseparable de la atención, de saber concentrarse en lo que uno está haciendo, poniéndose en juego.

Una tercera virtud laboral es la servicialidad, el espíritu de servicio. El trabajo supone un servicio al bien común del matrimonio, de la familia, de la sociedad, de la Iglesia. Como sucede en el juego del tenis, vence quien sirve mejor. La cualificación de un servicio se muestra en el cuidado de los detalles. No se dejan las cosas a la improvisación del momento, sino que se preparan con verdadero esmero. Este servicio cualificado no es posible sin el sacrificio, sin la abnegación de uno mismo. Tiene un carácter relacional, en la doble dimensión de servir a los clientes y de servir a los compañeros de trabajo.

Una cuarta virtud es la fortaleza que nos permite no solamente soportar las dificultades laborales de diferente tipo, sino también afrontar con moderación y creatividad nuestro trabajo. Ser fuerte no es suprimir la debilidad, sino más bien la fidelidad a una comunión que se ofrece como don originario.

5) **Conclusión**

La realidad del trabajo humano se contempla a la luz de la acción creadora de Dios. Si la virtud de la esperanza se dirige a un bien arduo, difícil, esta dimensión se encuentra con frecuencia en el quehacer humano. Esperamos trabajar, tener trabajo, y al mismo tiempo trabajando contribuimos a generar esperanza, futuro para otros.

La pregunta por la esperanza que origina el trabajo es importante para comprender que el trabajo no es un castigo, un yugo pesado que no hay más remedio que arrostrar. Beauchamp distingue entre liberar el trabajo de liberarse del trabajo. El trabajo, siendo una realidad de la creación, ha de ser redimido por Cristo: “Comerás el pan con sudor de tu frente” (Gn 3,19). La acción humana encuentra en Cristo una novedad insospechada. Aprendiendo a trabajar con sus manos, Cristo nos revela la esperanza que contiene la colaboración humana. Trabajar juntos es inseparable de esperar juntos. El matrimonio y a familia son, por ello, los ambientes privilegiados para experimentar la esperanza del trabajar los unos con los otros y los unos para los otros.

Cultivar las virtudes laborales desde pequeños, dentro de los que se han denominado las virtudes domésticas, es importante para crecer en ellas y que la esperanza teológica se vincule siempre a las esperanzas humanas.

6) **Concretando**

1. Comenta cómo acercarse a la relación entre trabajar y esperar
2. ¿Cuál es el significado del trabajo?
3. ¿De qué modo se vinculan matrimonio y familia, esperanza y trabajo?
4. ¿Las virtudes laborales, cómo hacen crecer la esperanza?

7) **Práctica familiar**

Ver como equipo una película sobre la esperanza y comentarla. Como sugerencia podría ser *De dioses y hombres*, que afronta el tema del martirio.

8) **Para profundizar**

H. ARENDT, *La condición humana*, Paidós, Barcelona 2005.

P. BEAUCHAMP, “Travail et non travail dans la Bible”, *Lumière et vie* 125 (1975) 59-70.

BYUNG CHUL-HAN, *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona 2012.